

PARÁBOLA DEL HORMIGUERO, para explicar a los niños la vida y el mensaje de Jesucristo.

Erase una vez un niño que salió a dar un paseo por el campo, y vio a muchas hormiguitas que iban y venían por el camino. El niño veía también que la gente pasaba sin fijarse en ellas y las pisaba: unas quedaban heridas, otras cojas, otras ciegas, otras se morían, otras tenían miedo y se escondían.

Aquel niño se puso a pensar: ¿qué puedo hacer yo por estas hormiguitas para que no las pise la gente que pasa, y no sufran tanto?

Ya sé lo que voy a hacer:

-Voy a hacer un hormiguero grande donde haya muchas hormigas y sean muy felices. Plantó un jardín donde había árboles con flores de muchas clases. Hizo un cierre alrededor para proteger el jardín. Allí en el medio puso un árbol muy frondoso que daba sombra en verano, en invierno protegía de la lluvia y daba un delicioso néctar para alimentar a las hormigas. Al lado del árbol puso una fuente muy limpia para que pudiesen beber agua los días de calor. Después buscó miles de pajitas para el nido; luego fue reuniendo a las hormigas colocándolas en el nido, debajo del árbol del medio del jardín. Allí en la tierra, debajo del árbol, hizo cuevas para dormir las hormigas, y nidos pequeños para que pusieran sus huevos y nacieran cada vez más hormigas.

Así preparado todo escogió unas cuantas hormigas para se preocupasen de todas las demás hormigas, especialmente de las más débiles, enfermas y pequeñas, porque eran las que más lo necesitaban y más le preocupaban al niño bueno.

Ellas se sentían muy felices porque era un nido maravilloso. Nunca habían estado en otro igual. Empezaron a trabajar y casi no cansaban porque todo estaba allí cerca. Cada día era más grande el hormiguero: bebían el agua de la fuente, subían al árbol y chupaban el néctar de las flores, hacían cuevas nuevas, buscaban más pajitas, hacían juegos entre ellas cuando terminaban el trabajo e invitaban a otras muchas hormigas para que viniesen para el nido y estar todas juntas ayudándose unas a otras. Cada día se sentían más felices. El niño viendo que todo iba bien se volvió a su casa muy satisfecho de lo que había hecho.

Siguieron así las cosas durante algún tiempo, pero un día surgió cierta discusión entre algunas hormigas, que eran envidiosas y no se hablaban con las demás, por lo que un día pasó por allí cierto niño que no era tan bueno. Vio el cierre, le entró curiosidad y se dijo: "¿qué es aquello?" y se acercó a mirar. Quiso verlo más de cerca: saltó el cierre y se acercó al hormiguero. Notó que algunas hormigas estaban enfadadas y no se hablaban y sintió rabia contra ellas. Cortó un palo del cierre, lo metió en el hormiguero, revolvió las pajas, pisó los huevos, dio palos a las hormigas, deshizo las cuevas, dobló el árbol de las flores, cegó la fuente con tierra. Y se marchó. Luego vino viento y dispersó las pajas por todo el jardín.

Las hormigas estaban tristes, revueltas, afligidas, desorientadas, no sabían qué hacer, iban de un lado para otro sin rumbo. Unas enfermas, otras hambrientas, otras ciegas, otras cojas, las pequeñas sin atender; sin cuevas, al frío; sin néctar, con hambre; sin huevos, sin sombra, sin agua...

¡Qué triste estaba todo!

¿Vendrá alguien, se decían, a curarnos? ¿Vendrá alguien a atendernos? ¿Nos ayudará alguien a hacer el nido otra vez?

Estando así las cosas volvió aquel niño bueno a ver el hormiguero. Al llegar y asomarse por encima del cierre y ver todo aquello estropeado, que él había preparado con tanto cariño, sintió mucha pena al ver tanta desolación: las hormigas tan tristes y enfermas: unas cojas, otras ciegas, otras sin manos, otras ya muertas, las pequeñas llorando de hambre y frío. ¡Estaba todo aquello tan mal!

Saltó el cierre. Se acercó al nido: las hormigas afligidas, el árbol roto, la fuente cegada, ...¡Qué pena!

-¿Qué podré hacer yo, se dijo, para volver a ordenar todo esto y que ls hormigas sean otra vez felices? ¡Pobres hormigas!

Entonces empezó a llamarlas: “venid, hormiguitas, venid, que vamos a recoger las pajitas, levantaremos el árbol, limpiaremos la fuente, haremos otras cuevas,¡Venid pronto! ¡Venid, venid..! ¡Acercaros todas las que estáis cojas y enfermas: yo os voy a curar!”

Pero las hormigas no le entendían nada. Cada una iba por su lado. Por más que las llamaba no lo escuchaban; cada vez era mayor la confusión, el sufrimiento, el desorden, la tristeza. Ninguna le hacía caso. El niño bueno ya no sabía qué hacer.

Entonces, viendo que no le hacían caso, que no lo entendían se puso a pensar:

-¿Qué haré yo para que estas hormigas me escuchen, me hagan caso, me oigan, me obedezcan y sean de nuevo felices? Y se quedó pensando, pensando...

-Ah!, Ya sé lo que tengo que a hacer.¡VOY A HACERME HORMIGA! Sin dejar de ser niño **voy a ser también hormiga**. Así hablaré COMO ELLAS HABLAN, comeré COMO ELLAS COMEN, dormiré COMO ELLAS DUERMEN, trabajaré COMO ELLAS TRABAJAN: así entenderán bien, me harán caso, me obedecerán, escucharán mi voz, y las acompañaré hasta que vuelvan a ser felices...

Y EL NIÑO SE CONVIRTIÓ EN HORMIGA. El niño bueno además de ser niño era también hormiga: tenía los mismos ojos que las hormigas, las mismas manos que las hormigas, los mismos pies, la misma voz que las hormigas. Miraba como ellas, comía como ellas, trabajaba como ellas, hablaba como ellas, dormía como ellas. Si ellas tenían frío también él lo tenía, si tenían calor también él lo tenía, si cansaban también él cansaba, si descansaban también él descansaba.

El niño bueno convertido en hormiga, empezó a llamar las hormigas: “hormiguitas, venid, venid, vamos a arreglar todo el nido, vamos a curar a las enfermas, vamos a dar de comer a las hambrientas, vamos a levantar el rosal, vamos a limpiar la fuente, vamos a cuidar las pequeñitas. Todos juntos, hicieron las cuevas otra vez, limpiaron la fuente, levantaron el árbol caído. El niño bueno hecho hormiga curaba a las heridas, reunía a las dispersas, hacía la comida a las que estaban cansadas, sanaba a las enfermas, alimentaba a las débiles, consolaba a las tristes, incluso devolvía la vida a las que habían muerto.

A la vez les iba diciendo que tenían que quererse mucho unas a otras, y que esto de **quererse mucho unas a otras era lo más importante**. Les dijo que las grandes y fuertes tenían que servir a las pequeñas y trabajar todas unidas, no ser envidiosas, ayudarse unas a otras, quererse cada vez más y ser como hermanas unas de otras, y también salir fuera del nido a buscar a otras hormigas que necesitasen ayuda.

Luego escogió unas cuantas para que atendieran con más cuidado a todas las demás. Les explicó muy bien cómo tenían que hacer: tenéis que dar de comer a las más hambrientas, dar de beber a las más sedientas, vestir a las que estén desnudas, atender a las enfermas, cuidar muy bien a las más pequeñas, acoger a las que lleguen de fuera, ir a visitar a las que no puedan venir...

Ya todo marchaba muy bien y las hormigas estaban muy contentas otra vez, pero había algunas que algo les pasaba...

Sí, había algunas hormigas muy envidiosas que no estaban contentas. Eran aquellas que gobernaban antes de volver el niño bueno. Se dijeron unas a otras: "Esta hormiga que vino nueva no nos deja gobernar a nosotras y les dice a las demás que les mandamos hacer mucho, pero que nosotras hacemos poco, que nada más nos gusta que ir a los banquetes, ocupar los primeros puestos, echar discursos, y que todas las demás nos llamen 'señores'. ¡Vamos a matar a esa hormiga y volveremos a gobernar nosotras!"

Un día, se levantaron de noche en silencio, y muy sutilmente se acercaron a la habitación donde dormía el niño bueno convertido en hormiga y lo atacaron, y empezaron todas a picotearlo, a darle golpes y a pincharlo hasta que le hicieron muchas heridas y su sangre ya corría por el suelo. El niño bueno, era tan bueno que pensaba: "tengo que perdonarles porque no saben lo que hacen". Estas hormigas envidiosas viendo que ya se moría, lo dejaron solo y marcharon a sus habitaciones. Su sangre ya estaba toda por el suelo.

A la mañana siguiente, al desayuno, las demás hormigas buenas vieron que el niño bueno convertido en hormiga no llegaba. Pensaban que se habría quedado dormido. Pasaba el tiempo y no aparecía. Ya estaban todas muy preocupadas: "Qué le habrá pasado!". Se acercaron a su habitación, escuchaban, no se oía nada..., llamaron a la puerta y no contestaba. Abrieron la puerta con mucho cuidado, y ¡Oh! el niño bueno convertido en hormiga estaba muerto. Tenía heridas en las manos, en los pies, en las rodillas, en la espalda, en la cabeza, en el pecho. Hasta le habían clavado espinas en la cabeza. Todas las hormigas buenas se pusieron muy tristes y lloraban por él, porque querían mucho al niño bueno convertido en hormiga. Tanto lo querían que para que no quedara su sangre en el suelo, comenzaron todas a chupar su sangre, porque lo querían mucho.

Pero todas seguían muy tristes, y se decían unas a otras:

-Ahora qué va a ser de nosotras!. Nos hemos quedado sin la ayuda del niño bueno convertido en hormiga. Ahora quedamos solas. Quién nos va a ayudar cuando nos pase algo! Y las hormigas envidiosas que lo mataron a él nos matarán también a nosotras! Y si vuelve aquel niño que deshizo el nido! Pobres de nosotras!

Todas tenían mucho miedo. Unas ya querían marcharse del hormiguero. Otras fueron a esconderse a sus nidos. Otras daban vueltas y vueltas sin saber qué hacer. Todas lloraban por el niño bueno convertido en hormiga.

Entonces el niño bueno que había dentro de aquella hormiga, viendo que las otras le querían mucho, hizo que la hormiga en que se había convertido volviera a vivir, y se presentó en medio de todas las hormigas. Ellas no lo podían creer de tanta alegría: pensaban que estaban viendo un fantasma. Algunas decían:

-No puede ser verdad. Cómo va a estar vivo otra vez. Pero él les dijo:

-Mirad: tocadme. No soy un fantasma. Mirad que tengo manos como antes, que tengo pies como antes, hablo como antes, soy el mismo de antes. Tocadme y ved que soy el mismo.

Y para que se convencieran aún mejor de que el niño bueno convertido en hormiga estaba vivo de verdad, les dijo:

-Tenéis por ahí algo de comer?

Todas corrieron a buscarle comida, y él la comió delante de ellas.

Pero había dos hormigas que estaban tan tristes que ya se habían marchado del nido a otro sitio lejos. Ya no querían saber nada y se volvían para donde estaban antes de hacer el nido. Pero el niño bueno convertido en hormiga no quería que se perdiesen y volviesen a sufrir, y las fue a buscar.

Mientras iban por el camino el niño bueno se unió a ellas y les iba hablando, pero ellas estaban tan tristes que no lo reconocían. Pero cuando era casi de noche buscaron un nido para dormir, y al entrar en el nido, el niño bueno convertido en hormiga se dio cuenta de que tenían hambre y por la tristeza no habían comido nada. Entonces él cogió un trozo de pan, lo partió en trocitos y se lo iba dando para que lo comieran. Al verle partir el pan se dieron cuenta de que era el niño bueno convertido en hormiga, y se pusieron tan contentas que se levantaron al instante, y sin comer ya más, se fueron corriendo para el nido a decirles a las demás hormigas que lo habían visto y que estaba vivo otra vez. Cuando llegaron todas las demás también lo habían visto vivo por segunda vez, y todas estaban muy contentas.

Estando ya todas juntas, el niño bueno convertido en hormiga, se reunió con todas ellas y les dijo: "Mirad: Este es mi mandamiento, os mando una cosa muy importante: tenéis que quereros mucho unas a otras. Tenéis que estar todas unidas. Tenéis que ser como hermanas unas de otras. Tenéis que atender mejor a las más débiles, a las enfermas, a las más pequeñas y a las más mayores que ya no se pueden valer, a las que tengan hambre, a las que tengan sed, abrigar bien a las que pasen frío y acoger a todas las que lleguen de otros sitios y quererlas como a vosotras mismas. Igual que a mi me queréis mucho y yo os quiero a vosotras, así tenéis que quereros unas a otras. Tenéis que pensar que lo que os hacéis unas a otras, a mi me lo hacéis".

Las hormigas buenas se pusieron otra vez muy contentas y se sentían aún más felices, porque veían que la hormiga buena era aún mejor que antes: ahora no sufre, no cansa, no enferma, las malas no pueden pincharla, ya no muere, está siempre alegre, tiene todo lo que quiere y es muy feliz y puede hacer felices a las demás que la sigan.

Y las hormigas buenas se sentían aún más felices que antes, porque la hormiga buena les había dicho:

"Ya que habéis chupado mi sangre, porque me queréis mucho, tendréis en vosotros mi propia vida, y un día seréis tan felices como yo lo soy ahora y cuando os llegue la muerte haré que volváis a vivir en un nido mucho más feliz que éste. Y para que no os sintáis solas voy a quedarme con vosotras como un alimento, como pan para comer y como vino para beber.

Así estaré dentro de cada una de vosotras para que todas seáis como un niño bueno convertido en hormiga, os améis más unas a otras y así hagáis un hormiguero cada vez más grande donde todas las hormigas de la tierra estéis más contentas y felices, y por eso tenéis que salir por el campo y llamar a todas las demás hormigas para que vengan a estar con vosotras, porque quiero mucho a todas las hormigas del mundo, quiero que estéis todas unidas, que seáis hermanas unas de otras y que hasta deis la vida unas por otras si hace falta”.

Y las hormigas buenas siguieron trabajando muy contentas esperando que llegara aquel día en que iban a ser tan felices como el niño bueno convertido en hormiga. Trabajaban mucho porque el niño bueno convertido en hormiga les había dicho que cuando más trabajaran por hacer un nido más bueno y más grande donde tuvieran cabida todas las hormigas del mundo, más felices serían después en la nueva vida, junto al niño bueno convertido en hormiga y que había vuelto a vivir.

POSIBLES SUGERENCIAS PARA EL DIALOGO CON LOS [NIÑ@S](#).-

1º.-Repasarla con ellos para fijar más su memorización.

2º.-Desarrollar en diálogo con [ell@s](#), los puntos siguientes u otros parecidos

-El Hormiguero es el mundo, las hormigas somos nosotros, donde hay personas buenas que se ayudan unas a otras, y malas que se pisan unas a otras, unas veces queriendo y otras hasta sin darse cuenta de que las están pisando, y hay otras que pasan indiferentes al sufrimiento de los demás, y no hacen nada por aliviarlos.

-El niño bueno convertido en hormiga es Jesucristo que se hace hombre para compartir en todo nuestra vida, que vino a curarnos de muchos sufrimientos, enseñándonos a ser justos, a querernos bien, a trabajar unidos para hacer un mundo mejor y más feliz.

-El niño convertido en hormiga es Jesús que nos enseña a compartir, a perdonar, a amar a los más necesitados, a ayudarnos, a querernos unos a otros en toda nuestra vida, a ser todos hermanos, y hacer un mundo mejor para todos los seres humanos y para toda la creación.

-Las hormigas envidiosas son las personas que quieren mandar y dominar sobre las demás, incluso llegando a matar a quienes les estorban, como hicieron con Jesús, y hacemos hoy con las injusticias que cometemos dejando a los demás sin lo necesario para vivir, haciendo que muchos personas y niños se mueran de hambre cada día.

-El niño bueno que vuelve a la vida es Jesús resucitado, que por amor a nosotros

vuelve a vivir para que nosotros no quedemos muertos para siempre, sino que resucitemos con El, que nos pide que nos amemos cada vez más unos a otros, para ser más felices en este mundo y alcanzar la vida para siempre con El.

-La Comunión del cuerpo y la sangre de Jesús en la Eucaristía es recibirlo a El: su persona y su vida: es para amarnos cada vez más unos a otros, porque Dios quiere que todos los seres humanos vivamos dignamente en este mundo, y un día alcancemos con Jesús la plenitud de la vida para siempre.

Para estar de verdad en COMUNIÓN con Jesucristo hay que estar al mismo tiempo en COMUNIÓN con los más pobres del mundo para ayudarles, compartir con ellos nuestros bienes, tratarlos con mucho amor porque lo necesitan más, “pues sin amar de verdad al hermano a quien vemos no podemos amar a Dios a quien no vemos. Tenemos de Jesús este mandato: que quien ama a Dios ame también a su hermano”. (Carta del Apóstol san Juan)



3°.-Finalmente, que escriban un resumen de la parábola y su significado.

Dos niñas del basurero de la capital de Guatemala, que habían sido expulsadas de su casa y de sus tierras junto con toda su familia.

Un cordial abrazo a tod@s, y muy especialmente para los niños y niñas, que estuvieron entre los predilectos de Jesucristo. Cómo no iban a estarlo viendo a esas pobres niñas del Basurero de la Capital de Guatemala. Aun hay millones así en el mundo-Faustino